



SARA WAJSEBJERG

# El viento del sol

POR  
PILAR ADÓN

Las cosas de Anne-Marie en busca del lugar perfecto podían coincidir en algún momento, pero eso no era lo normal. Lo normal era que tomara decisiones muy diferentes para llegar hasta el punto que considerara las mejores condiciones para sacar el violín de su caja y empezar a tocar con un pequeño recipiente delante —podría ser un tamborillo—, en el que recoger las melodías.

Siempre se situaba en el mismo sitio porque había estado a punto de perder su violín para siempre en el país del que había salido sólo tres días antes para, desde allí, llegar a Portugal. Con un tono un tanto desmoralizado amable y en un inglés bastante malo, le dijo que hiciera el favor de largarse a tocar a otra calle o, mejor aún, a otra ciudad, y eso fue exactamente lo que hizo. Dejó atrás casas salpicadas a ambos lados de la carretera, con las luces encendidas y las persianas bajadas. Hombres y mujeres viendo la televisión, cuando, dejando pasar el tiempo hasta quedarse dormidos en el sofá... Y ahora se perdía por las estrechas y brumosas calles de Oporto, en busca de cualquier lugar apropiado en el que poder situarse y, después de un breve instante, empezar a tocar. Revertía los jardines, cubría y bajaba las escalinatas, y atravesaba las plazas con la mirada siempre puesta en la localidad de algún rango postal que sirviera para identificar con cierta exactitud las tiendas, los restaurantes o los monumentos que iba dejando atrás. Aquella era la mejor manera de evitar futuras confusiones. Debía reconocer los lugares en los que ya había estado y en los que no debía volver a tocar jamás.

Al principio todas las barrias parecían el mismo, todas los edificios resultaban similares y cada ciudad era idéntica a la anterior. Pero, con el tiempo, se iba acostumbrando a definir las características particulares de cada zona, las distancias de cada ángulo y la inclinación distinta de cada cuesta.

Esto ocurrió. Era verano, pero Oporto es una ciudad brumosa. El río la trunca y la enmohece. Anne-Marie recordaba en la piel el frío de Polonia, seco, completo, que también, muy a menudo, hasta que normalizara, se pasó un dedo por el borde de la nariz y rasólo de nuevo, una vez más, que aquel verano por el sur de Europa, la Europa cálida, con su viento bajo el torso, no era lo que había imaginado. No estaba resultando el día como él esperaba. En ocasiones al alquilar parecía atontado. A veces la realidad no se le presentaba de forma muy coherente y no veía mucha relación entre los comportamientos y los ambientes... En cualquier

ono, no regresaría a Polonia hasta mediados de septiembre y entonces, a la vuelta, seguramente todo aquello, con la distancia, le parecería imposible, tonto y extraño. En septiembre regresaría a casa y comentaría la rutina de nuevo. Las conversaciones con su madre que se acercaría a ellas, inevitablemente, preguntaría:

- ¿Qué tal hoy en la universidad, cariño?

- Exactamente igual que ayer, mamá.

- ¿Todo bien? -Insistiría su madre, intentando mirar a su hija a los ojos.

Y ella apartaría la cabeza.

- Perfectamente.

- ¡Hija... Te pasa algo. Lo sé. ¿Por qué no me lo cuentas? Sé que te pasa algo y no me gusta. No quiero verte así.

- Mejor hablemos de otra cosa, ¿de acuerdo?

En la entonces cuando la notaba, con todas sus armas disponibles, con todos sus escudadores, atacara el conjunto de lo pasado, y las líneas defensivas de Anne-Marie resultarían absolutamente inútiles, debilitadas desde la raíz.

### Nunca se situaba en el mismo sitio porque había estado a punto de perder su violín para siempre en el país del que había salido sólo tres días antes para, desde allí, llegar a Portugal

Los recuerdos del verano tomaba serían tan implacables como destructivos, amenazarían toda certeza de lo vivido para dejarlo limpio, puro, y eliminarían cualquier aspecto desagradable o peligroso, presentando una imagen de completa armonía y de un entorno perfecto. Sería en ese momento cuando aparecería la inevitable sensación de no haber sabido aprovechar los placeres que el viaje pudo haber ofrecido, y cuando cierto decorado se asentara, durante algún tiempo, en sus actos y en su ánimo.

Pero eso sería en septiembre. Hasta entonces seguiría acomodándose de las notas múltiples que repercutían por los callejones del pueblo de Polonia que había dejado hacía dos meses, en junio, a principios del verano europeo, cuando creyó que había llegado el momento de viajar, observar y permitir que esas notas sonaran por callejones distintos, más lejos. Hasta entonces tendría ante sí una perspectiva tan imponente como, en ocasiones, inalcanzable: Oporto, Lisboa, Roma, tal vez... Cuando todo hubiera terminado, Polonia sería, una vez más, el lugar monótono y hasta aborrecido de siempre. Y Oporto, desde la distancia, con todos sus puentes y todas sus torres, la cima del arte.

Vivió afortunada. Algunas pa-

rejas se tomaban de la mano al pasar por delante de ella o al sentarse debajo de alguna sombrilla en las terrazas que los dueños de las casas colocaban a la orilla del río. Caminaba sin rumbo, mirando cómo una mujer bajaba los escalones de una casa escalada y cómo otra saltaba con la cabeza desde un banco de piedra. Ambas eran occidentales de negro. Ambas tenían el rostro arrugado y la piel oscura. Ambas sentían la inmundicia del Oporto de agosto en los huesos. Se cambió el violín de brazo y se acercó a una fuente. Bebió. El agua refrescó su cara y sus manos al instante, y al regular de nuevo, reparó en que, de repente, no reconocía el palacio que se abría a su alrededor. Carró los pulcos con fuerza y supo que estaba demasiado cansada. De repente, deseó meditar; de la intensidad de su propio desahucio; de su soledad que no era la soledad de la felicidad espontánea. ¿Algunas iba a dedicarse alguna vez a escribir lo que ella pudiera haber escrito? ¿Esperaba que alguien más hablara con ella, en voz baja, presumiendo que ella sería inteligente? ¿Hasta qué punto podía pensar que la gente se fijase en ella y escuchase con atención lo que tenía que contar con su violín?

Había llegado a la puerta de una iglesia. Pocos lugares eran tan buenos como aquí para ponerse a tocar. Era la iglesia de San Antonio y por el momento, allí sólo había un hombre sentado en el umbral, con la mano extendida. Pero sabía que pronto llegaría alguien más. Acomodó la cabeza y al principio no pudo ver nada a causa de la profunda oscuridad del interior. Vió un instante, pero finalmente se decidió a entrar. Lo primero que notó fue el resplandor blanco de las piedras, la autoridad del fuero-ciel y el silencio ancestral y eterno. Con sólo tocar el violín y comenzar a hacer vibrar sus cuerdas, ella podría romper ese silencio perpetuo. Podría hacer que en aquel lugar donde sólo se oían voces, murmullos y susurros lejanos, de repente, sonara la melodía osada, así inventada, de su violín. Pero, por supuesto, no lo haría. Había una mujer en el primer banco, arrullada y recostada sobre las dos manos también para la ocasión.

Anne-Marie permaneció un segundo de pie, observándola. Luego se acercó, se acomodó como ella, con la misma postura, en el banco posterior, y dejando el violín sobre el asiento, a su lado, se echó a llorar.

→ **RECOMENDAMOS**  
Naciones Unidas (2011). *El estado de las Naciones Unidas* (Informe del Secretario General sobre el desarrollo mundial 2011). Naciones Unidas, Nueva York, 2011.

→ **RECOMENDAMOS**  
New York, UNO. *El estado de las Naciones Unidas* (Informe del Secretario General sobre el desarrollo mundial 2011). Naciones Unidas, Nueva York, 2011.

### NEGRO POR DENTRO POR OSCAR LÓPEZ FORBESCA



## La letra con sangre entra

OSCAR LÓPEZ FORBESCA

Algunos escritores miran al techo con la esperanza de encontrar allí la inspiración. Otros, buscan directamente la sangre. En la historia de la literatura no faltan los ejemplos de autores culpados por la hemoglobina. El caso más reciente es el de Jorge Rueda, un colombiano preso en España por secuestros, torturas, asesinatos y expulsar a dos británicos en Aleo (Alemania), que en breve sacará a la calle su primera novela, *Los vientos del silencio*. El se permite a detallar qué parte de esta historia de narcotráfico y violencia es real y cuál sólo ficción, pero reconoce que escribir permite sacar sus "demónios".

Más realismo aún tiene la primera novela de Krysian Bala, un filósofo poco metido a escribir que en 2003 publicó *Amok*. De éxito modesto, un ejemplar cayó en manos de un policía, quien descubrió en sus páginas una copia exacta de un crimen cometido tres años antes y que estaba sin resolver: el de un empresario cuyo cadáver mutilado había aparecido en un río. Los detalles que Bala contaba, que sólo podía conocer los investigadores y el propio asesino, resultaron condenándolo a 25 años de cárcel aunque él siempre defendió su inocencia. Durante el juicio, la editora hizo sonar la caja registradora.

Lo que no ha negado su pasado criminal, aunque no le gusta hablar de ello, es la conocida escritora británica Anne Perry. La madre de los inspectores Thomas y William Mondé supo lo que era un interrogatorio policial mucho antes de escribir su primera novela negra, Perry, que en realidad se llama Juliet Marion Holmes, tenía quince años cuando, con ayuda de su inseparable amiga Pauline Parker, decidió escribir a la orilla del río con

### Hay quien sospecha que el creador de Sherlock Holmes convenció a su amante para que envenenara a su marido y quedarse con el manuscrito de 'El Sabueso de Baskerville'

la vida de la madre de ésta. Su bautismo de sangre le costó cinco años de reclusión y ver cómo hace unos años aquel mismo se llevaba al cine en *Crónicas Criminales*.

Como han tenido mala suerte y las sospechas sobre su inspiración criminal se ha quedado en eso, en sospechas. Arthur Conan Doyle, creador del perspicaz Sherlock Holmes, fue señalado como el instigador de la muerte de su amigo hermano Fletcher Robinson. Algunos sospechan que Doyle convenció a la esposa de éste, con la que mantenía una relación sentimental, para que lo envenenara. De este modo, insistían, no sólo se quedó con su mujer, sino también con el manuscrito de *El sabueso de los Baskerville*. *Klemental*.

Edgar Allan Poe

También planeó la sospecha sobre Edgar Allan Poe. En su caso fue la del crimen de una guapa extranjera llamada Mary Rogers, que apareció flotando en el neoyorquino río Hudson. Aunque el caso se cerró tras el suicidio del prometido de la muchacha, la sospecha sobre Poe surgió cuando poco después publicó el cuento *El misterio de Marie Rogêt*. En él narraba un asesinato idéntico, con la única diferencia de que lo situaba en París y los protagonistas tenían otros nombres. Para algunos, había derivado de sus ideas. Aunque, tal vez, el pionero sea el poeta neoyorquino del siglo XVII Juan de Garvita, quien asesinó a su esposa y a su esposa tras sorprenderla con un amante. Garvita relató el crimen en unos versos en los que hizo un alegato de la violencia de género: "Lo que me quitó la vida" se quedó sin tal y sin ella". ¿Algunos dicen de que la letra con sangre entra?